

La alegría de Domingo

Encuentro de la Familia Dominicana

Caleruega, 14 de Julio de 2012

Santo Domingo fue un hombre de **luz**. Le invocamos como “Luz de la Iglesia”. Quiere decir que vio las cosas como son, en toda su belleza y en toda su fealdad. Ver las cosas como son no le impidió tener una cualidad que nos entusiasma de él: su **alegría**. Algo más que un rasgo de su personalidad: porque Domingo fue, ante todo, un predicador de la alegría. Ésta consiste en ver las cosas como son: las cosas bellas en su gozo y las tristes en la perspectiva del Reino. De suyo, la alegría consiste en verlo todo en la dirección del Reino: los gozos de la vida en la plenitud de la alegría del Reino y las tristezas en la perspectiva de lo de Dios. Se trata de ver la vida como Jesús de Nazaret la ve; tener su mirada y su perspectiva. La alegría evangélica no brota del sentimiento ni del carácter optimista. Brota de la fe, la esperanza y el amor.

Se dice de Domingo que durante el día estaba lleno de alegría, reía con sus frailes, y por la noche rezaba solo y lloraba. Era **un hombre de gran alegría y de profundo dolor**. Para que nadie confunda su alegría con simpleza e ingenuidad: su alegría sabe del dolor y de los sufrimientos de la vida. Es una alegría lúcida y compasiva, compatible con el dolor de la noche, con la noche del dolor. Es en realidad la misma cosa, ya que veía el mundo con Dios lo ve, totalmente bueno y maravilloso, y a su vez, crucificado.

La tristeza de Domingo quedaba para la noche, para la intimidad, para la compasión nocturna. Pero a la luz del día, lo que resaltaba de Domingo era su alegría. Esta alegría es subrayada tanto por el beato Jordán como por sor Cecilia: alegría en su mismo semblante, que era expresión –como dice el beato Jordán- de su mundo **interior**: *“como el corazón alegre alegra el semblante, la hilaridad y la benignidad del suyo transparentaban la placidez y el equilibrio del hombre interior”*. La alegría es expresión de equilibrio, de armonía, de interioridad creyente. Nos dicen que era sonriente, y que esto reflejaba su interior. Domingo era alegre “por dentro” y “desde dentro”, desde su interior.

Mantén esta actitud y virtud a pesar de que no le faltarían motivos para turbar esta alegría. No se puede decir que su predicación fuera todo éxito y aplausos, ni que sus frailes no le dieran disgustos... ¡Tal vez alguna monja también le daría algún disgusto! Además, su Orden era rechazada en algunos lugares. Para más inri, su sensibilidad le hacía reconocerse pecador y sufría por ello. Sobre todo se conmovía por los sufrimientos de los demás. Jordán de Sajonia dice que *sólo la compasión con los sufrimientos ajenos quebraba su alegría*.

La cercanía espiritual a Santo Domingo que encontramos al volver a Caleruega puede ayudarnos a revivir en nosotros la alegría de Nuestro Padre e impulsarnos a ser predicadores de la alegría. Es una nota característica del estilo de predicación de la Orden. Hoy también necesitamos en la Iglesia recuperar la alegría evangélica: la alegría de fe, la esperanza y el amor. ¿Cómo revivir la alegría del Reino predicado por Jesús y sus discípulos? ¿Cómo reflejar la alegría de Domingo? Si, como él, nuestra alegría esta vinculada a tres cosas: a la compasión, a la pobreza y a la fraternidad.

Una alegría vinculada, en primer lugar, a la **compasión**. La alegría y la compasión son como las dos caras de la misma moneda. Por el día reía, por la noche lloraba. La alegría verdadera no es ingenua, ni ciega al dolor, es una alegría que sabe bien de los problemas y sufrimientos. Sabe mirarlos de frente, se deja conmover por el sufrimiento. De esta compasión, nace la alegría, que sabe que hay nuevas oportunidades, que Dios ofrece siempre nuevas oportunidades a todos. Cuanta mayor compasión, más alegría. Cuanta más alegría, mayor compasión. La alegría de Domingo nos empuja a la compasión: a entrar en las vidas e historias de dolor de nuestros prójimos. La compasión no desluce ni resta alegría, sino que nos ayuda a mantener viva la esperanza en esa alegría que sólo será completa en el Reino de Dios.

En segundo lugar, una alegría vinculada a la **pobreza**. La alegría no la da la riqueza ni la lotería, sino la confianza en que Dios ha venido a compartir nuestra vida. Hay una historia que tiene lugar en los primeros momentos de la Orden. *Una mujer caminaba junto a un convento dominicano y se escandalizó al oír una carcajada, como si todos los frailes estuvieran en una fiesta. La buena señora entró para reñir a los frailes por estar borrachos y descubrió que se reían porque no tenían nada para comer.* Aquellos frailes conocían esa alegría que jamás conocerá un rico, la de la total dependencia de Dios, la de no necesitar más que su amistad y la de los hermanos. Crear y alimentar necesidades artificiales es matar poco a poco la alegría. Al hombre desposeído, Dios le concede su alegría. No se alcanza sin desposesión. Esta es la alegría evangélica que está en dar y compartir, más que en recibir y consumir.

Una alegría vinculada, por último, a la **fraternidad**. Santo Tomás de Aquino definía la alegría como la consecuencia del amor, es decir, es como si la alegría fuese el brillo que existe cuando hay amor. Y explicaba también que la alegría es tanto mayor cuanto mayor es el amor y cuanto más noble es aquello que se ama. Así, si a alguien le encantan los animales, cuando se encuentra con uno, lo ama y se alegra; pero si alguien se encuentra con un amigo, que es mucho más noble que una “mascota”, al amarle la alegría es mucho mayor. Concluye Santo Tomás diciendo que el amor más grande es en el amor que Dios nos tiene, es decir, que la alegría más grande ocurre cuando alguien reconoce que Dios le ama. Su amor crea y recrea nuestra fraternidad. Una de las funciones de la vida común fraterna es mantener viva la alegría y revitalizar la alegría de la predicación. Sin fraternidad, sin comunidad de amor,

nuestra predicación iría perdiendo poco a poco la alegría. La fraternidad impulsa la predicación de la alegría.

La alegría es el brillo de la luz de Santo Domingo. Él caminaba rezando y cantando. Probablemente era Domingo de los que amanece cada día cantando. Los que a pesar de todo saben cantar, éstos serán al fin los vencedores. Los que a pesar del dolor de la noche recuperan la alegría de la luz del día, esos serán los bienaventurados. La alegría es el brillo de los que aman. La alegría de la compasión, de la pobreza y de la fraternidad es **el brillo de la predicación** de la Familia Dominicana.

Fr. Javier Carballo, O.P.

Prior Provincial – Provincia de España